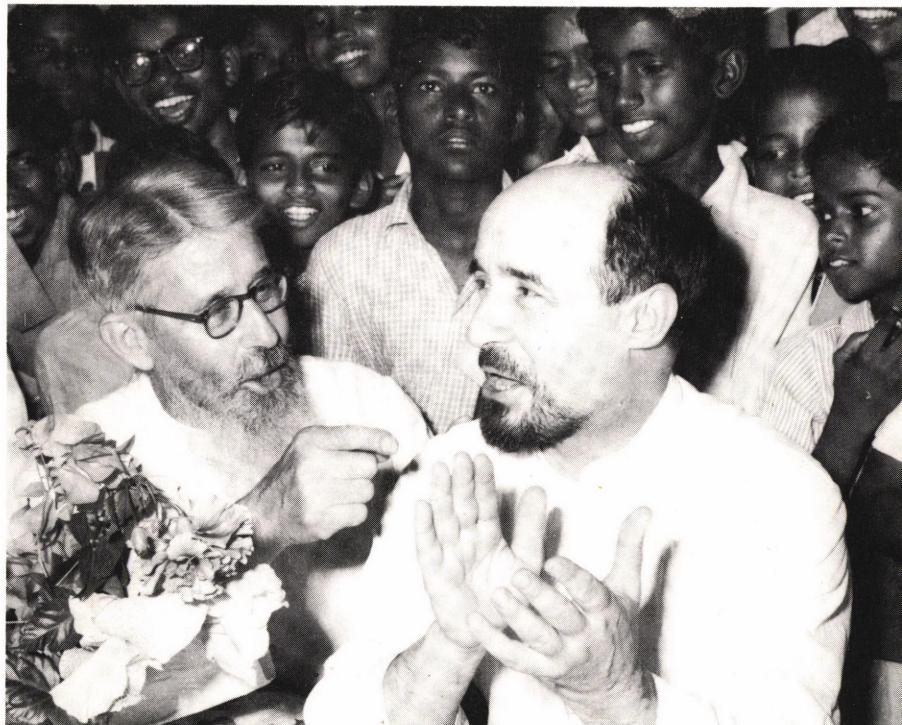


# Instituto Politécnico Salesiano

Fundación Aróstegui  
Aralar, 7 – Tfno. (948) 229465 – 31002 PAMPLONA



## **DON JOSE LUIS CARREÑO ETXEANDIA OBRERO DE DIOS**

### ***El adiós a un gran Salesiano***

En la madrugada del día 29 de mayo del corriente año, festividad del Corpus Christi, se dejaba caer en las manos del Padre misericordioso para ser llevado a la morada eterna, Don José Luis Carreño.

Para él, que siempre había confiado ilimitadamente en la paternidad del Señor, la muerte no era muerte, sino «encuentro», «cita con el Amor», «entrar en casa». La esperó sin miedo; la deseó como el gran bien.

«¿Cómo quieras que no quiera - irme ya con el Señor?  
He dicho al Amor: ¡Espera! - durante una vida entera.  
¿Quieres que me raje ahora? - ¡ni un cuarto de hora!  
Por favor. - Para mí la Gran Frontera  
se llama de esta manera: - «La cita con el Amor».

Decir adiós en el funeral de Don Carreño, en la inmensa iglesia salesiana de Pamplona, significaba contemplarle en su vuelo hacia Dios.

«Piensa lo que será: - saltar “a tierra”, y ¡ver que es cielo ya!

.....  
abrir los ojos, inquirir qué pasa, - y oír decir a Dios: “¡Ya estás en Casa!».

¡Oh, el inmenso placer - de abismarse en tu mar!  
cerrar los ojos y empezar a ver, - pararse el corazón ¡y echarse a amar!».

Más de cincuenta sacerdotes concelebrando, salesianos llegados de todas las Casas de la Inspectoría de Bilbao y de otras Inspectorías, de la Procura misionera de Madrid, cientos de fieles amigos de la Obra salesiana, se habían dado cita allí para despedir al admirado, al cristiano coherente, al enamorado de Jesucristo, al gran salesiano. En todos reinaba la certeza de la Vida Eterna conquistada por aquel hijo de Don Bosco que había ido derramando serenidad, bondad, caridad fraterna, entrega sin límites, dinamismo apostólico, sed inapagable de almas, amor a los pobres, celo por las vocaciones; y haciendo el bien con su presencia y su acción, con su palabra y con su pluma, con su alegría y con sus canciones, con su salud y su enfermedad.

Después de la homilía, un lector recitó los versos que Don José Luis había compuesto para aquel momento, como su «credo», su fe firme en la futura resurrección:

«Campanero, cuando muera, - lanza al aire de la aurora  
la tonada más sonora - que jamás bronce tañera.  
Lleve el aura al valle hundido - su solemne vibración  
anunciando en su tañido: ¡Resurrección!

.....  
Quieto y mudo para entonces - yo estaré bajo la gleba,  
campanero, mas tus bronces - llevarán la Buena Nueva.  
Tal vez Dios permita, empero, - buen amigo, campanero,  
que, a tu toque de oración, - el repique aquel primero,  
que es de vida mensajero, - me caliente el corazón:  
¡Resurrección!»

Con gran acierto, la Comunidad salesiana de Pamplona obsequió a todos los asistentes con una de las mejores obras de Don Carreño, «La Señal» (1983) cuya dedicatoria reza así: «A mi hermano el hombre, compañero de viaje hacia la Casa del Padre», y cuyas últimas frases recalcan su absoluta certeza en el Señor: «Nuestro destino es Dios. Y a Dios se va por Cristo Resucitado, la Ul-

tima, la Consoladora, la Perenne SEÑAL... Allá, al final, Dios nos espera a Sus hijos pródigos, con los brazos abiertos».

Su cuerpo quedó «sembrado» en el Hogar del Misionero, en Alzuza, a pocos kilómetros de Pamplona. Desde allí, mientras llega el día de la resurrección, seguirá alejando las ansias misioneras de muchos jóvenes.

### ***La infancia de José Luis: el «redondelito blanco»***

Había nacido en Bilbao, el 23 de octubre de 1905, hijo de Rogelio y de Teresa. «Me bautizaron, hermanito de Jesús, el 28 de octubre de 1905 en San Antón (Bilbao)». «A mí me reservó la bondad de Dios una mensajera del misterio eucarístico como no hubiera podido ni soñarla: mi madre. Y la iniciación fue tan profunda y radical como un beso de Dios».

Recorriendo la vida de Don Carreño se toca con la mano la íntima amistad que le unió con Dios desde pequeño. Cada alma recibe gracias diferentes del Señor. En la suya se aprecia un torrente de luz, de finura espiritual, de entrega sin límites al Dios que tanto le ama, de absoluta confianza en su Palabra, de coherencia con su fe. Llamarle «poeta» es una gran verdad; poeta en serio: con la luz viva de la fe ha sabido «ver» constantemente la belleza de Dios en las criaturas, la providencia de Dios en cada circunstancia, la misericordia de Dios en el perdón; y se ha sentido feliz imitando la bondad y la delicadeza del Corazón de Dios.

Entre sus primeros recuerdos está la impresión dolorosa de una blasfemia oída. «Me sentía aplastado por la descarada y soez ofensa de Dios». Su madre le vio triste y preguntó por la causa. «¡Una blasfemia contra la Sagrada Hostia!... Yo estaba ya manchado; no era digno ni de rezar a Dios. ¡La horrible vivencia satánica, antes aún que la vivencia eucarística!

—«No, me dijo Amatxu; tu alma está como antes. No lo pienses más».

«Una mañana me llevó mi joven madre a oír Misa... Fíjate, me dijo. Dentro de poco, el sacerdote levantará en alto un redondel blanco. Aquello es Jesucristo. Efectivamente, al poco rato sonó una campanilla. Y, sostenido en la penumbra por las manos del sacerdote, fue elevándose paulatinamente aquel esperado redondel blanco. Debí entonces de pegar un grito muy agudo, porque inmediatamente una suave mano me tapó la boca... Pero aquel redondel *se me había clavado ya en el alma para toda la vida. Fue mi revelación personal y privada del misterio de la transubstanciación*».

Dos años después, el 8 de marzo de 1913 (a los 7 años y 4 meses de edad), recibió la Primera Comunión, en Villaro (Vizcaya). «Unos meses más tarde, mi madre, que me había preparado a recibir a Jesús, se fue al Cielo». Refiriendo estas primeras escenas de su vida, que él recordaba intensamente, concluye: «Cuando el abrazo eucarístico nos llega muy temprano en la vida, el alma queda marcada por El para siempre».

¡Qué pequeño era todavía José Luis cuando entró en el Colegio Salesiano de Santander, el mes de noviembre. «Aquel mismo año, la Casa de Don Bosco me abrió sus puertas. Un nuevo hogar, todo él orientado sobre el redondel blan-

co bajo el manto azul de la Virgen Madre María Auxiliadora. La vivencia eucarística iba a ser desde ahora la atmósfera de toda una vida, colectiva e individual. Y, por otro lado, al desarrollarse la mente del niño, iría poco a poco descubriendo en el redondelito blanco nada menos que las ‘insondables riquezas de la Omnipotencia, de la Sabiduría y del Amor de Dios’, del que siendo infinitamente sabio, no supo qué más darnos; omnipotente, no consiguió darnos algo más alto; riquísimo, ya no le quedó nada más grande que entregarnos».

«Entrar en la Casa de Don Bosco era ya instalarse permanentemente dentro de la zona de gravitación de la Presencia Real. Pronto se daba uno cuenta de que el «redondelito blanco» era aquí el eje de todo. Primero Santander, luego Campello, luego Carabanchel, luego Sarriá, luego Gerona... luego el Oriente... Todo igual... Y no se trataba de una experiencia más o menos mística: es una realidad que se masca desde el ingreso. Primero, la Misa cotidiana...; la capilla, siempre abierta y accesible para quien lo quiera. La visita tras la comida, como una costumbre natural inveterada. Las oraciones de la noche, delante del tabernáculo-sagrario, con la charla al final, familiar y amena, de un lugarteniente suyo: el Director... Una Casa sin eso no sería una Casa de Don Bosco».

### **Aspirante adolescente en Campello**

José Luis había sentido la felicidad propia de las Casas, de las auténticas Casas de Don Bosco. Un día de 1917, «el santo Don Binelli», Inspector de la Inspectoría Céltica, «me dijo: ¿Por qué no vienes conmigo a ver Campello? Si te gusta, te quedas; y, si no, te vuelves. Y claro, amor a primera vista. Por aquellas calendas no se solía hablar tanto de Don Bosco ni se había devorado tanta tecnología salesiana, ascético-pedagógico-pastoral... Pero para nosotros un Don Binelli era un Don Bosco; no digamos un Don Rinaldi, aún Prefecto General, pero que, de cuando en cuando nos visitaba dejándonos un aire sobrenatural, como cuando visitaban la tienda de Abraham los mensajeros de Yaveh. Y pasar de una Casa salesiana en el Cantábrico a una Casa salesiana en el Mediterráneo no implica más que un cambio de meteorología. La Casa seguía siendo la misma, la *nuestra*».

De esta manera, el gran muchacho de doce años llegó a Campello para comenzar el aspirantado hacia la vida salesiana. Nunca olvidó los cuatro años pasados en aquella Casa, no tanto por los encantos de la naturaleza y del clima, cuanto por la formación que allí recibió.

Aquellos salesianos vivían el trinomio de Valdocco: *estudio, piedad y alegría*. Con él forjaron legiones de muchachos, con solidez, adiestrados para las tareas educativo-pastorales que le había de exigir la vida.

Don Carreño reflexiona: «*El latín* era plasmación del raciocinio, análisis del pensamiento, escuela de elegancia, exigencia de precisión». Y hace ver no sólo la disciplina mental de esta lengua clásica, sino los valores que comportaba el descubrimiento de la literatura latina, para alcanzar aquel «pensar alto, sentir hondo y hablar claro». Y concluye: «Una Congregación como la nuestra y a la que nos preparábamos en Campello, es una pléyade de hombres de Dios, a cuyo amor van a conducir a generaciones enteras mediante el apostolado de la

educación cristiana. Pero educar es elevar; y cristianizar es divinizar: esos deben ser, pues, muy superiores en todo, principalmente en lo refinado de su espíritu. Y por ende, en todos los Campellos del mundo debe dárseles a todos lo mejor de lo mejor. Y Nuestra pobre Congregación de los años 1917-1921 se lo daba, dentro de sus limitadísimas posibilidades». Leyendo estas experiencias y reflexiones de Don Carreño, uno comprende su afán, en la India y en Filipinas, por establecer Centros de alto nivel intelectual para la formación de las vocaciones nativas.

Otro elemento imprescindible era la *piedad*, que en salesiano se entiende como de la disposición habitual de una actitud profundamente religiosa, de una vida centrada en Dios y sostenida por una riqueza de recursos prodigados a lo largo de la jornada y de los distintos períodos del año. Don Carreño describe la vida de piedad de sus años de Campello: «La Misa diaria y diariamente motivada, la bendición eucarística todos los días, precedida de las bellísimas estrofas del *Ave maris Stella* armonizadas con la aportación de diversos autores...; aquel ‘*Dios está aquí*’ del más hermoso himno eucarístico de todos los tiempos... se nos ha quedado clavado tan hondo en el fondo del alma a todos los que lo *berreábamos* a todo pulmón... que creo que todos hemos arrastrado por la vida el dardo de la nostalgia de las cosas de Dios y el *pius sensus* de la familiaridad con el Hijo de María Sacramento... La visita casi en cada recreo a Jesús Sacramentado, gesto de amistad con quien venía a ser nuestro primer compañero también en el juego...».

Y la *alegría*, con el espíritu de familia, que hacía de aquella Casa un ambiente de satisfacción y serenidad, donde todos, superiores y aspirantes, «constituíamos la familia salesiana de Campello».

En aquel ambiente se formó el futuro misionero, el hombre culto, el padre bueno. Un compañero suyo de aquellos años lo describe así: «Era un muchacho que llamaba la atención de los compañeros: por su abierta simpatía, su gran bondad y su mucho saber. Cantaba bien, de contralto, en el coro. Tocaba, sin perder paso, el tambor en el grupo gimnástico. Pertenecía a la Junta de la Compañía de la Inmaculada. Leía muy bien en público. Era un artista en el teatro. Ya hacía versos sonoros y perfectos. Ya sabía mucho latín». Se ve que el joven Carreño aprovechaba todos los medios formativos a su alcance.

Los años futuros mostrarán la profundidad de aquellos estudios y su capacidad de penetrar las materias más difíciles sin miedo a nada; harán ver la necesidad de la vida de familia, tan característica de Don Carreño; y dejarán constancia de la unión con Dios y de su amor a Jesucristo y a la Sma. Virgen proyectados en una actividad incansable por la salvación de las almas.

### **Noviciado en Carabanchel Alto**

De Campello pasó al Noviciado de Carabanchel (1921-1922). Tuvo un buen Maestro en Don Antonio Castilla. El 8 de septiembre (el noviciado se comenzaba y acababa en la fiesta de Santiago Apóstol) recibió la sotana de manos de Don José Binelli, Inspector. Todo hace suponer el crecimiento espiritual de aquella alma escogida. Con su gracejo característico y su sincera humildad cuenta que,

al final de aquellos doce meses, el Maestro, en el solemne escrutinio final, presidido por los Inspectores de la Céltica y de la Tarragonense, le preguntó: «Y, ¿quieres ser perfecto? - Bueno... yo, a decir verdad,... eso de perfecto....». Sigue narrando él: «Imaginarse la inquietud de aquel santo varón al ver que uno de sus discípulos, *doctrinado* por él durante los trescientos sesenta y cinco días canónicos de aquella laboriosa tarea noviciaca, imbuido en los más nobles ideales que puede nutrir un ser humano, no era capaz a la hora de la verdad de formular un vibrante ¡¡¡Sí!!! que hiciera levantarse de sus asientos senatoriales, como impulsados por un resorte, a toda aquella venerable asamblea. ¡Trescientos sesenta y cinco días despilfarrados en vano por un insospechado recalcitrante! ¡Qué fracaso!

Fue entonces cuando Don Marcelino Olaechea, Inspector de Barcelona, me alargó un cable de urgencia: Pero vamos a ver: ¿estás dispuesto a hacer todo lo que se te mande según las Reglas? - ¡Pues no faltaba más! - Bueno, basta con eso. ¡Lárgate, gandul!

Y me salí sin haber dado el ¡Sí! de pecho. Y me pareció sentir un aleteo de alivio en la sala. Y es que aquello de «perfecto» sentaba tan mal conmigo ya entonces! ¡Habría sido una hipocresía atribuirme tales marcas olímpicas inalcanzables!... ¡Perfecto yo!... ¡Ah!, eso sí: he tenido en cambio el privilegio de ofrecer el Sacrificio salvador de la Eucaristía durante más de medio siglo, y estar siempre con Cristo, y renovarme espiritualmente en Su Sangre. Pero «perfecto»... ¡Ah! eso sí: hasta los más grotescamente imperfectos, maltrechos, derrotados, que estamos muy lejos de haber cumplido toda la Ley, estamos prontos a gritar: 'Con Cristo, ¡¡¡Sí!!!: *téleios* es el que va hasta el final del camino... renqueando tal vez, pero ¡con Cristo!».

Con este relato descubrimos la actitud de José Luis en el momento de su profesión religiosa: «entrega omnímoda, no actitudes ambiguas o ambivalentes que disipen nuestras fuerzas entre nuestra disponibilidad para el servicio de Dios y el halago complaciente hacia los encantos terrenos: nada de medias tintas». El 25 de julio de 1922 hizo su profesión: ¡para siempre del Señor! Contaba 17 años aún no cumplidos; pero limpios, maduros, generosos. Tres años después, el mismo día de Santiago, renovó su profesión hasta el servicio militar. Y el 11 de diciembre de 1928, en Sarriá, hizo la Profesión Perpetua.

¿Cómo lo encontraron entonces sus formadores? «*Bravo giovane, di soda pietà, d'ingegno svegliato, gioviale, di grande attaccamento alla Congregazione, fa concepire di sè le più liete speranze*». Le retrataron perfectamente: así iba a ser toda la vida.

### **Sarriá y Gerona completan su formación inicial**

Transcurrió dos años en Sarriá como estudiante de filosofía. Dirigía la Inspectoría Tarragonense Don Marcelino Olaechea, que siempre admiró y quiso a nuestro joven hermano.

En 1924 comienza su tirocinio, en la misma Casa, que estaba también dedicada a Noviciado. Su primera «obediencia» le colocó como Asistente de novicios, bajo la dirección de Don Antonio Martín. Su salesianidad se contagió:

reía feliz, ensayaba su espíritu apostólico en el incipiente Oratorio de Badalona, se declamaban sus poesías en el teatro de las Escuelas, tocaba el armonio en la capilla del noviciado y del filosofado con verdadera gracia. «Todos le admirábamos, le queríamos, le imitábamos». Sus clases abarcaban diversidad de materias: música, física, ciencias naturales; dominaba el latín y el griego...

El año 1928 se traslada el Noviciado a Gerona, con nuevo Maestro (Don Eugenio Magni) y con Carreño asistente y estudiante de teología, siempre con sus notas características. Mensualmente escribía en el «Mensajerito de María Auxiliadora» y multiplicaba sus versos, vena riquísima de auténtica poesía, bajo el seudónimo de «Oliveiro».

En una carta de Don Pedro Escursell, de 1928, cuando regresó de Turín para celebrar su Primera Misa, dirigida a Don Pedro Ricaldone, entonces Prefecto General, se lee: «En este momento me habla uno de los clérigos modelos de la Casa, formador del personal de esta Inspectoría, y me dice que ha pedido hace tiempo poder ir a misiones y está casi desesperado porque ve que nunca le llaman; es un gran muchacho y de gran valer moralmente e intelectualmente hablando. Se llama José Luis Carreño y se halla a su disposición; así que puede comunicar lo que le parezca. Su gusto, dice ser las misiones del Oriente y en particular la de Krishnagar. Este clérigo está haciendo ahora el cuatrienio práctico».

Podemos imaginarnos el corazón de aquel joven salesiano: hervir de amor a Jesucristo, le conoce a fondo, todos los días medita el Evangelio, vive profundamente la realidad misteriosa de la Eucaristía que recibe, visita al Maestro en el tabernáculo varias veces cada día, habla con El como un amigo, comparte con El su «sed» de salvar almas...; y mira a Don Bosco como el gran modelo regalado por Dios a la Congregación Salesiana, con sus convicciones eucarísticas en orden a la educación cristiana, con su dinamismo para descubrir y animar a miles de muchachos hacia el sacerdocio y la vida religiosa, con su lema «da mihi animas».

A su lado, salesianos incipientes van creciendo en el conocimiento vivo de lo que es la vocación salesiana; Carreño clérigo es un buen ejemplar. De su intimidad con Jesucristo brota la paz y la alegría, el entusiasmo en la entrega y la capacidad de sacrificio, la creatividad apostólica, el efecto de la sincera amistad que une a los miembros de una comunidad salesiana hasta formar una familia... Y, parece lógico pensar, un Carreño que no oculta su gran deseo de ser misionero en tierras de Oriente, como el impaciente Javier.

### **Sacerdote de Jesucristo**

El 21 de mayo de 1932 recibe la ordenación sacerdotal, en Gerona, de manos de Mons. Vila Martínez. Al día siguiente celebra su primera Misa en el Santuario de María Auxiliadora de la misma ciudad.

En aquella solemne ocasión de su vida tomó como lema la frase de San Pablo: «*Omnia Christus, CRISTO LO ES TODO*» (Col. 3,11). José Luis está convencido de esa verdad; está centrado en Cristo. El mismo lo explica así: «¡CRISTO LO ES TODO! Creo que con esta fórmula hemos llegado al tope de lo que un

hombre, en la más ardiente calentura de un delirio de poder, pudiera haberse atribuido; pero si quien lo ha reclamado es el Hombre-Dios, lo que aquí se reclama no es sino el más elemental abecedario de unos derechos innatos en una Persona Divina que ha sido instrumental en la creación y estructuración del cosmos ('nada se creó sin El..., todo lo que empezó a existir palpító con su vida'...; Juan 1,3-4)... y que se encarnó en las entrañas de una Virgen, y que se hizo hermano nuestro, para luego inmolarse a fin de elevarnos hasta nuestra filiación adoptiva en la Familia de Dios... ¡Cristo lo es todo! y ¡Cristo está en todo! son, pues, dos fórmulas paulinas que no agotan los títulos y derechos de Cristo. Redentor y Hombre-Dios: sencillamente, se quedan muy cortas... Quien no se rinda a ese Infinito Amor, nunca será feliz; quien no se ilumine con esa Suprema Verdad, no será nunca libre; quien no acepte esa bondadosa Voluntad creadora, no tendrá nunca paz consigo mismo; quien rechace a Jesucristo, jamás sabrá lo que es la seguridad en sus pasos, la garantía en su orientación, el consuelo de saberse perdonado y limpio, la armonía de sentirse reconciliado con cielos y tierra, tanto con los poderes invisibles como con nuestros hermanos los hombres, ni el calor de la comprensión compasiva de un Dios-Hombre, ni la inefable dulzura de sentirse amado por el Amor Inmortal, fuente de todo amor. 'Cuando el Padre nos dio a Cristo, nos lo dio TODO con El' (Rom. 8,32).

En una persona como Don Carreño, hecha de convicciones y de coherencia, dicho lema indicaba que, como a Pablo, Cristo le había aferrado. Se explica cómo, al celebrar sus Bodas de Oro sacerdotales, escribiera en el recordatorio: «Si hace 50 años el lema del joven 'presbítero' fue 'Omnia Christus', hoy, anñadido, el viejo soldado lo esculpiría con barrotes de oro macizo, porque, en verdad, CRISTO LO ES TODO».

En las vísperas de su ordenación sacerdotal, bien consciente de que el sacerdote tiene como finalidad principal la construcción del Reino de Dios, insistió, ante Don Pedro Ricaldone (que pocos días después, el 17 de mayo, habría de ser elegido Rector Mayor), con una carta preciosa, para que dispusiera de él como misionero.

«Amadísimo Padre:

*En vísperas de mi ordenación sacerdotal me dirijo a Vd., en primer término, para darle las gracias más rendidas como a primer Representante de la Congregación Salesiana, por cuanto mi Madre la Congregación ha hecho por mí.*

*Y, en segundo término, para ofrecerme absolutamente a mis Superiores para trabajar en las Misiones, según mis deseos y oraciones desde hace once años y según petición que ya le dirigí hace siete.*

*Sólo le ruego como a Padre que en mi destinación atienda a mi fragilidad. No temo a bolcheviques ni a piratas, sino a mí mismo.*

*Igualmente le declaro también mi decidida tendencia a las misiones del Asia. Pero estoy dispuesto a ir a cualquier rincón del mundo que la obediencia me depare.*

*En mi próxima Primera Misa (D.m. el día 22) tendré un recuerdo particularísimo por Vd., para que María Santísima Auxiliadora le ayude en sus actuales y en sus nuevas (faxit Deus) difíciles tareas,*

*Con todo el cariño, que nos robó en su visita, y agradecido, besa su mano y le pide su bendición su hijo afmo. en Don Bosco*

*José L. Carreño, S.S.».*

Sus ansias misioneras las había comunicado al Inspector, Don José Calasanz, sucesor de Don Marcelino Olaechea, que, a su vez, había pasado a Madrid como Inspector en 1925. Decía Don Calasanz: «No. Debemos ir solamente cuando y adonde nos manden. No hay que pedir. Somos soldados de Jesucristo. - Pero, querido Padre, nuestro Cuartel General no manda a Misiones más que a los que se ofrecen como voluntarios».

«Cuando, finalmente, llegaron órdenes de partir, el buen Padre Calasanz se sometió; pero, en un último gesto de cariñosa oposición, murmuró: Muy bien, irás a las Misiones, pero no serás nunca misionero. Y, cuando me volví a protestar, él añadió: Pero no te preocupes, tú formarás a muchos otros misioneros».

La vida y las actividades misioneras de Don Carreño demostrarán en gran parte la verdad de la «profecía» del mártir Padre Calasanz.

El curso siguiente Don Carreño lo pasa en la casa inglesa de Cowley, para estudiar inglés. Luego, el viaje a la India, por el Mediterráneo, el Canal de Suez, el Mar Rojo, el Océano Índico, hasta arribar a Bombay. «Al poner el pie por primera vez en tierra de India, nos sentimos en nuestra patria de adopción. Ahora es el caso de recordar la especial bendición que nos dio el Vicario de Aquél cuya Buena Nueva venimos a predicar. 'El Señor asista nuestros pasos y nuestras obras'».

### ***Misionero en la India (1933-1962)***

El Padre Carreño lleva en su entraña todo el celo de San Francisco Javier y la «locura», es decir, el entusiasmo y el coraje de un ideal, como un nuevo Don Quijote de la Mancha. No es broma. La figura de Don Quijote significaba mucho para Don Carreño. En una simpática poesía («Constrúyeme un palafito») escribe:

«Entre ventana y rincón - sobre la mesita pon  
mis libros de sacerdote: - Biblia y Breviario ¿no son  
mis libros del corazón?... - (Mas, sin que nadie lo note,  
mete dentro del cajón - aquella vieja edición  
de «El Hidalgo Don Quijote»).

Y cierra dicha poesía de esta manera:

«Recadero, sal al trote; - vete a comprar el bambú.  
Yo pongo Cristo y Quijote; - lo demás lo pones tú».

Se encuentra ya en la India, con sus ganas inmensas de dar a conocer al único Dios y a su Enviado Jesucristo, para que el amor de Dios llene de felicidad a millones y millones de orientales. Había llegado allá en el mes de junio (¡su Sa-

grado Corazón!) del Año Santo de la Redención: 1933. La obediencia le destinaba a la jungla (para eso contaba con su flamante motocicleta), mientras que su compañero de expedición, el P. Amancio Andrei, llevaba la encomienda de fundar un Seminario Menor en North Arcot, en la India del Sur. Sólo que... el P. Amancio ni siquiera viajó a la India; «y así sucedió que el manto cayó sobre mis hombros, y fui yo el que tuvo que apearchugar con nuestro primer Seminario en la India del Sur».

Por aquel entonces, la India salesiana contaba con una sola Inspectoría, con sede en Shillong, en el Assam; y con un Inspector de lujo, el futuro Mons. Luis Mathias. En Madrás, al Sur, el Arzobispo era salesiano, Mons. Eugenio Méderlet. Al año siguiente, 1934, se erige una segunda Inspectoría, la del Sur, con sede en Vellore; cuenta con poquísimas Casas: Vellore, Bombay, Tirupattur y siete parroquias misioneras. Muere Mons. Méderlet y es nombrado Arzobispo de Madrás Mons. Mathias (1935), siendo Inspector del Sur el P. Eligio Cinato.

Al llegar Don Carreño, sacerdote joven de 28 años incumplidos, va destinado al Noviciado de Tirupattur (erigido en 1932), donde funge de catequista formador de las nuevas levas misioneras, en su casi totalidad venidas de diversas naciones de Europa. Y en seguida es nombrado Maestro de novicios.

Aquel buen Padre Maestro, joven, entusiasta, feliz, transmisor de alegría, extraordinariamente dotado por la naturaleza y la Gracia, imitador del corazón y del celo de Don Bosco, estaba en condiciones de formar legiones de óptimos salesianos. De allí fueron saliendo «las columnas de una realización colossal actuada en la India por los hijos de Don Bosco», capaces de dirigir colegios universitarios, escuelas técnicas, colonias agrícolas, orfanatos, parroquias, misiones... Pero, sobre todo, Don Carreño los formaba sólidamente como religiosos salesianos, los enamoraba del Corazón de Jesús, y por El los hacía vivir la radicalidad de la entrega y el amor cristiano verdadero. «Iba a lo sólido», dice un antiguo novicio suyo, más tarde Inspector de Madrás. Su pensamiento, constante en él, desde muy joven, podríamos recogerlo de su pluma, escrito cincuenta años después: «Mirad: los locos de Dios que nos hemos pasado la vida predicando un Evangelio que se condensa en ‘amor a Dios y amor al hermano’, somos también esclavos impotentes de una economía que a su vez se reduce a ‘amarnos a nosotros mismos’, mientras hemos estado predicando las reglas del Maestro: ‘al que os quite la túnica, dadle el manto’..., ‘al que os requise para una milla, acompañadle dos’..., ‘dad al que os pide’..., ‘prestad sin esperanzas de remuneración’...; hemos sido esclavos autómatas, como todo el mundo, de las reglas de oro de la economía: *do ut des, praesto ut praestes*, ‘te doy para que me des’, ‘te presto para que me prestes’ y ‘te presto, claro, al siete por ciento’, y ‘no te presto si no estoy seguro de que me lo devolverás, y con interés’... Es decir, el Evangelio lo basa todo en el amor; la economía lo basa todo en el egoísmo...».

Así «era» el gran Maestro, el dócil discípulo de Jesucristo: «el dinero no tenía valor para él»; «lo daba todo»; «acogía a todos, pues confiaba en la Providencia». En el noviciado, el Evangelio era la regla de oro que inculcaba en sus no-

vicios. Por eso, se centraba en la devoción profunda al Corazón de Jesús, en la que resplandece, sobre todo, el amor, la misericordia y el perdón.

Escribe Don Di Fiore, novicio suyo, más tarde Inspector de Madrás: ciertamente la herencia más preciosa que nos transmitió Don Carreño fue el espíritu salesiano en sus características esenciales: sed por la salvación de las almas, caridad fraterna, espíritu de familia hecho de oración, laboriosidad, alegría, sano optimismo, acogida y hospitalidad. Durante la guerra, convivían en la Casa de Tirupattur en paz y hermandad salesianos de unas doce nacionalidades. Después de la gracia de Dios, el mérito de todo esto hay que atribuirlo a la bondad, caridad, alegría y sano optimismo de Don Carreño, que sabía unir los corazones. Este buen espíritu está vivo todavía en las inspectorías que recibieron su influjo benéfico».

Otro novicio, nativo, hoy Arzobispo de Shillong-Gahuati, Mons. Hubert D' Rosario, ha querido describir la figura de Don Carreño tal como él la conoció en sus años de formación. Habría que recordar al lector el origen de esta vocación, la primera de Don Carreño en la India. Hacía poco que Don Carreño había llegado a Tirupattur y se puso a montar la casa. Estaba apretando los tornillos de los mosquiteros, cuando llegaron dos niños, mandados por su buen papá a ayudar al misionero. «Papá nos manda a ayudarle, Padre. - ¡Pues aviadnos estamos con estos refuerzos!». Sus nombres, Huby y Mervin. «¡Pobre de mí! Lo que vosotros sabéis hacer es masticar caramelos. Bueno, aquí tenéis unas pinzas; a ver qué sois capaces de hacer. Eran demasiado jóvenes para aquella tarea, así que después de unos minutos les dí una pelota y les concedí licencia absoluta». Se hicieron muy amigos. Y, cuando Huby estaba en condiciones de ir a la Universidad, pidió al misionero que le enseñara francés. El aceptó y comenzaron las clases. Un día: «Bueno, Huby, si verdaderamente quieres dominar el francés o cualquier otra lengua neolatina, ¿por qué no arremetes primero de todo con el latín?... - A mí me da lo mismo. Si usted quiere, comenzamos. Y se comenzó con el *rosa rosae, musa musae*. Al tercer día, cerrando la gramática le digo: Oye, Huby, ¿para qué diantres tienes tú que estudiar latín, si no vas a usarlo en toda tu vida? El latín es, sobre todo, para decir misa, para administrar los sacramentos. ¿No te gustaría ser sacerdote de Jesucristo? - Sí. - Salta a la motocicleta. Y corrimos como locos hacia su casa. No se requirió demasiado tiempo para persuadir a papá, quien era un magnífico caballero cristiano, de que Dios no había podido bendecir su hogar con un tesoro más grande».

Escuchemos ahora a Mons. D' Rosario:

«Conocí a Don Carreño cuando yo tenía 14 años, en Tirupattur, el año 1933, siendo él Director de aquella Casa. Mi padre, que trabajaba en el ferrocarril, había sido trasladado a Tirupattur en 1933. Yo solía ir a aquella ciudad para pasar las vacaciones, dos meses cada año, y estaba casi todo el tiempo con Don Carreño. Era un sacerdote tan simpático que logró ganarse los corazones de nosotros, jóvenes. Le escogí como confesor y él me fue guiando en la vida espiritual durante las vacaciones. En 1936 terminé el bachillerato y decidí entrar en

la Universidad. Pero el influjo de este santo y feliz sacerdote me hizo cambiar de dirección mi vida. Pedí ser admitido en la Casa de Tirupattur para hacerme salesiano. Al final de 1936 entré en el noviciado; mi Maestro fue Don Carreño. Como un padre nos cuidó y formó buenos salesianos. Era espontáneo, honrado, sincero, exigente, celoso, entusiasta, trabajador y hombre espiritual. Nos sentíamos aferrados al Padre Maestro y tratábamos de imitarle; nos inculcaba valores perennes, sin mirar a las cosas temporales. El Señor lo había colmado de grandes dotes que nos hicieron aumentar nuestro amor, respeto y obediencia hacia él. Tenía cualidades de mente y corazón. Era un profesor brillante, predicador convincente; poeta, matemático, científico, escritor y teólogo. Nosotros, como alumnos, deseábamos escuchar sus lecciones, las conferencias que preparaba siempre con esmero.

Fue su corazón paterno el que nos conquistó para él. Siempre estaba con nosotros. Los enfermos, los débiles, los desanimados, los necesitados, encontraron siempre en él a un padre amoroso. Le abríamos nuestros corazones sin miedo y encontrábamos consuelo en nuestras dificultades. Cada uno de nosotros, jóvenes entonces, ha experimentado su amor y su cuidado por nosotros. Alegría, paz, amor y esperanza eran cosas que se respiraban en nuestra Casa. No teníamos comida abundante, ni dinero, pero nadie se lamentaba: la Casa era un paraíso.

Cuando Don Carreño fue Inspector de Madrás, electrizó toda la Inspectoría; supo llevar el mismo espíritu a la Inspectoría. Quería que la caridad, el amor, fuera la característica de la Inspectoría de Madrás. Sintió la necesidad de vocaciones locales y abrió enseguida un aspirantado para disponer de un número constante de vocaciones. Preparó personal para poder llevar el College (Universidad) que se le había encomendado fundar; lo mismo hizo para varias escuelas técnicas. Varios Obispos de la India invitaron a los Salesianos y Don Carreño abrió nuevas Obras. Nunca estaba inactivo. Tenía una inmensa capacidad imaginativa y creadora y, por eso, trató de lanzar nuevas iniciativas para trabajar por la Iglesia en India. Tenía un contagioso entusiasmo por su vocación y por las Obras, y nos lo supo transmitir a sus hijos espirituales y a los colaboradores. Siempre perdonó al pecador y lo condujo al redil del Señor.

Don Carreño era un hombre espiritual. Tenía una profunda devoción al Sagrado Corazón de Jesús; a El consagró la Inspectoría de Madrás; construyó un santuario en Tirupattur dedicado a El. Su vida fervorosa de sacerdote y salesiano ha movido a los salesianos a imitarle. Insistía en que la India tiene necesidad de santos y que los Salesianos han de prepararlos. No había límite para su celo. Como sacerdote predicaba y administraba los sacramentos a la gente de los alrededores de Tirupattur, sin medir sacrificios. Muchas veces no desayunaba ni comía. Esto le acercaba mucho más a su gente». Hasta aquí Mons. D' Rosario.

Todos los que recuerdan aquellos años dicen lo mismo. «Era hombre de brazos abiertos; nos conquistaba al primer encuentro». «Insistía en que leyéramos cada día un capítulo del Evangelio, buenas vidas de Jesús, las Memorias Biográficas... No era la suya una bondad permisiva, paternalista, sino exigente en

todo aquello que habría de constituir el modo de vivir la vocación salesiana; pero, como Don Bosco, estaba siempre al lado de quien necesitaba ayuda y comprensión; y, con su palabra siempre acompañada de su sonrisa y de su mirada sincera y llena de afecto, sabía disipar dudas y fortalecer a los vacilantes».

En agosto de 1939 se siente en la India, dominada por los ingleses, el eco de la Guerra Mundial. Los extranjeros, misioneros o no, pertenecientes a las naciones en guerra con Gran Bretaña, fueron a parar a campos de concentración. Por fortuna, Don Carreño pertenecía a una nación neutral y pudo ser paño de lágrimas para todos e intercesor ante las autoridades. Como misionero auténtico, sentía innata la necesidad de «indianizar» la Congregación salesiana en la India. Puso su máximo interés en la búsqueda y formación de las vocaciones nativas. Insistía; pero, tal vez, no todos pensaban como él. En sus oídos resonaba la frase de León XIII: «Serán tus hijos, ¡oh India!, tus heraldos de salvación». Aquella profecía iba a cumplirse por intervención de la Providencia. La guerra cerró el Canal de Suez y ya no sería posible hacer llegar misioneros de Europa. Las Obras salesianas habían quedado malparadas: de los 400 misioneros católicos internados, 120 eran salesianos. Por otra parte, en 1947, la India se proclamó independiente y el Gobierno adoptó la política de no conceder visados de entrada a nuevos misioneros extranjeros. Con tales líneas torcidas, Dios estaba escribiendo derecho.

Don Carreño seguía en Tirupattur, aunque el número de novicios europeos se venía abajo. «En 1943 no teníamos más que una lastimosa docena de misioneros salesianos indios». ¿Qué hacer? Lanzarse. La región del Kérala disponía de óptimas familias católicas, con larga tradición, fe recia y costumbres sanas. Hay que echar la red. «Hoy día, escribe Don Carreño el año 1965, han crecido hasta los quinientos; y el total de nuestros seminaristas, incluyendo a los comprendidos en los seminarios menores, debe de ser alrededor del millar». El recorrió centros y escuelas, hablaba de Don Bosco, entusiasmaba con el ideal de la salvación de las almas, atraía con su felicidad y su sencillez, con su alegría hecha acercamiento y música... «De esta manera empezó aquella insólita emigración: un chorrito al principio, un torrente después; más tarde, una verdadera marea. Actualmente (1965) tenemos casi DOS DOCENAS DE SEMINARIOS SALESIANOS EN LA INDIA».

Mientras tanto, en aquel clima de guerra mundial, Radio Vaticano transmitió un mensaje ordenando que Don Carreño se encargara de la Provincia Salesiana del Sur de la India. Fue a visitar al Delegado Apostólico. «Usted tiene todos los poderes. - ¿Qué quiere decir eso, Excelencia? - Que puede hacer todo lo que le parezca conveniente en el Señor».

Tenía que suplir al Inspector Don Eligio Cinato, italiano, llevado al campo de concentración. Don Carreño tenía los «poderes» del Inspector. Mons. Mathias le invitó, además, a hacer de Vicario General de la Archidiócesis de Madrás, lo cual le confirió el título de «Monseñor», con que por aquellos años se le solía llamar también cuando aparecía por Europa. El trabajo se le duplicaba: Inspector y Vicario General, Inspectoría y Archidiócesis. Ciertamente, como dice Don Pianazzi, sucesor de Don Carreño como Inspector el año 1951, «Mons. Mathias,

otro grandísimo salesiano, era *toto coelo* diverso de Don Carreño». Este le admiraba sincera y profundamente; habría que recorrer el capítulo titulado «El Capitán», de su libro «Singladuras indias», para ver con los ojos de Don Carreño la valía del ilustre Arzobispo.

Llevado de su caridad, Don Carreño, en sus años de Inspector, se preocupó de multiplicar las presencias salesianas en su zona, dedicadas principalmente al cultivo y formación de vocaciones (Kotagiri, 1946, para noviciado y filosofado; Poonamallee, 1947, como seminario diocesano), para la promoción humano-cristiana de la juventud obrera y necesitada (Goa, 1947, orfanato y escuela profesional; una segunda Casa en Goa, semejante a la anterior, 1948; Madrás, 1950, escuela profesional; Uriukuppam, 1950, escuela agrícola), para la juventud estudiante (Negercoil, 1947, colegio); y otras, en Bombay (1948), Yercaud y Sagay Thottam (1950). Tanto trabajo no le apartó nunca de sus queridos muchachos pobres, a los que ayudaba personalmente, los acogía en sus Casas y les ofrecía cuanto estuviera en su mano. Amaba de verdad y confiaba con seguridad en la divina Providencia.

Por aquellos años recorrió varios países pidiendo ayudas para sus obras apostólicas. Los que le conocieron entonces en España no han olvidado sus canciones, con las que comunicaba a todos sus ideales. Una era de acogida al misionero:

«Si le veis con la barba florida, - si le veis tostadito de sol,  
dadle todos cordial acogida - porque es un misionero español»;

otras, de fuego misionero que intentaba encender en la juventud española

«Dieciocho abriles - bella es la vida,  
pascua florida, - la juventud.  
Para nosotros - no hay horizontes:  
vivan los montes - y el cielo azul...  
¡Oh juventud!, te vas; - no volverás jamás:  
antes que pases, - me iré a Madrás».

«Tres cosas imploraba: nuestro auxilio espiritual: oraciones, sacrificios; nuestro auxilio material: necesitaba 50 tornos y alguna máquina de imprenta para las escuelas profesionales que había fundado en pro de la juventud necesitada de la India; y que trescientas o más familias españolas adoptasen, costeando su educación, a 300 jovencitos indios que aspiraban al sacerdocio para evangelizar a los suyos; finalmente, auxilio de personal, no sólo sacerdotal o religioso, sino seglares que se trasladasen, aun temporalmente y mediante contrato, a la India para ayudar a los misioneros en el apostolado. Como se ve, se adelantaba al Concilio... El Banco de Bilbao, el de Santander y algún otro le abrieron cuentas corrientes para recibir y administrar becas y limosnas con destino a las Misiones, con el nombre de MISALMA (Misiones Salesianas de Madrás)».

Fue con ocasión del Capítulo General de 1947, que se celebró en Turín (Val-salice), cuando Don Carreño, que participaba como Inspector, manifestó una pena: «Hemos empequeñecido a Don Bosco»... Nuestras Obras no atienden a

la juventud más necesitada; hacemos demasiados cálculos; nos fiamos menos de la Providencia que Don Bosco... Sus palabras hicieron impacto. El Rector Mayor, Don Ricaldone, creyó oportuno solicitar de todos los Inspectores del mundo, allí presentes, un informe que hiciera ver hasta dónde se estaba siguiendo a Don Bosco en la línea expresada por Don Carreño y si se estaba perdiendo el amor de Don Bosco por los pobres. Y es que Don Carreño no quería falsificaciones ni medias tintas.

Solía enviarse al centro, a Turín, una «Relación» sobre el estado de cada Inspectoría. Transcribimos parte de la que mandó Don Carreño en 1945.

«Reverendísimo Señor Don Ricaldone:

*Le dejo imaginar con cuánta alegría interior cojo la pluma, sabiendo que esta carta podrá llegar a sus manos, portadora de noticias de los hijos lejanos. En estos años de incertidumbres y sufrimientos, cuando, en los momentos más trágicos del conflicto, la furia devastadora de la guerra descargaba sus golpes sobre ese Turín, donde nuestro Padre erigió la ciudadela de María Auxiliadora, nosotros hemos sentido, entre angustia y dolor, fuerte como nunca, el lazo que nos mantiene unidos a la Congregación y a los venerados Superiores. Y hoy, que sabemos que todo se ha salvado y todos han resultado incólumes, con alegría espontánea elevamos un vivo Gracias a nuestros eclesiales Protectores. Nos es grato pensar que, en la preservación de nuestra Casa Madre de todos los posibles males, también nosotros hemos concurrido con nuestras pobres oraciones y, en particular, con las tres Avenarias que, al final de las oraciones de la noche, decíamos más con el corazón que con los labios, con el fin de que la Madre Auxiliadora defendiera bajo su manto su Casa, de donde había salido y debía todavía salir su Gloria.*

*Nosotros, misioneros de la India, si bien en la mayor parte de los casos quedamos libres de los horrores de la guerra combatida, sin embargo también hemos recibido sus duros contragolpes. Pero lo hemos aceptado todo de las manos de la Providencia, ofreciendo nuestro sufrimiento al Señor por la conversión de los pobres pecadores y por la salvación del mundo. Hubo un dolor que resultó más difícil de ser consolado: el de haber tenido que ver muchas Obras de bien paralizadas y mucho trabajo apostólico impedido por la forzada permanencia de gran parte del personal en un campo de concentración en la India del Sur, al cual se añadieron otros hermanos de la Inspectoría del Norte...*

*El Rmo. Don Cinato, quien en su calidad de Inspector había obtenido libre circulación, con gesto de entrega total, como verdadero pastor, quiso seguir la suerte de muchas de sus ovejas: pidió entrar en el campo de concentración para sostener y ayudar espiritualmente a tantos hijos suyos y para condivider con ellos las molestias de una situación extremadamente delicada y penosa. Su presencia entre los hermanos internados constituyó ciertamente una ayuda válida y contribuyó indudablemente a regularizar lo más posible la vida de los nuestros en el campo...*

*Una vez organizada nuestra vida, el personal joven pudo atender a completar la propia formación y, de este modo, la milicia de la Iglesia se enriqueció con*

*nuevos ministros. Desde el principio de la guerra han recibido la ordenación sacerdotal 48 clérigos de la Inspectoría del Norte y 65 de la Inspectoría del Sur. La atención prestada por nosotros a las vocaciones indígenas este año nos ha dado el consuelo de poder enviar a siete jóvenes a nuestro noviciado...*

*Espero le sirva de consuelo conocer los siguientes detalles de nuestras Obras. En Tirupattur tenemos ahora una preciosa iglesia dedicada al Sagrado Corazón. La Casa acoge actualmente a los estudiantes de teología y filosofía, tanto del norte como del sur, y un grupo de 24 aspirantes. Además hay unos sesenta huérfanos que Don Bosco ha tenido consigo en las difíciles circunstancias actuales. En Vellore, gracias a una consistente ayuda de S. E. Mons. Arzobispo, hemos podido comprar un trozo de terreno contiguo al nuestro con un edificio de dos pisos. De esta manera hemos podido abrir una escuela, reconocida oficialmente como «High School». Está en su apogeo: 800 alumnos, de los cuales 200 son internos. Entre ellos hay 22 aspirantes. En Bombay el progreso ha sido casi milagroso. Bombay es la ciudad de la India donde el terreno es más caro. Pues bien, no obstante la tristeza de los tiempos, nuestro Don Marchio ha sido capaz de comprar el terreno... Contemporáneamente hizo erigir un magnífico edificio moderno, de dos plantas, todo de cemento armado, realizando una obra que ha llamado la atención, estima y afecto hacia la Obra de Don Bosco en la India... Me considere siempre su devotísimo y afectísimo en Cristo Jesús,*

*Don José Carreño».*

Si hubiéramos de sintetizar el trabajo de Don Carreño, durante sus años de Director e Inspector, no podrían faltar varios elementos fundamentales: la creación del verdadero espíritu de familia, sobre el que se sustentaba toda la labor formativa de las vocaciones religiosas salesianas; su visión de futuro y su celo inteligente e incansable para fomentar las vocaciones nativas, creando Casas de formación de todo tipo, con estudios y titulaciones de alta calidad; y Obras de valor social, como la famosa de «Sagaya Tottam» o Huerto de la Virgen (él puso ese nombre), convertida de desierto en tierra fértil y productiva.

La India conserva un recuerdo imborrable del gran misionero. Los numerosos testimonios aseguran que se le ha querido mucho y que, gracias a él, la India salesiana comenzó a crecer con vocaciones nativas.

### ***Un año en España: encargado de los Cooperadores Salesianos***

Unos meses antes de morir, Don Ricaldone mandó a España a Don Carreño. Este llevaba en la India 18 años. Difícil adivinar los verdaderos motivos del regreso. El hecho es que lo encontramos en España encargado de organizar a los Cooperadores Salesianos. Si en varios argumentos hemos ya visto su previsión, adelantándose al Concilio, por su gran capacidad apostólica y su innato espíritu de inculturación, también en el campo del apostolado de los seglares, y concretamente de los Cooperadores Salesianos, él sabía otear el horizonte. Estamos en el año 1951. Hoy somos conscientes de que la idea del Cooperador necesitaba renovación; el tiempo, con el gran acontecimiento del Concilio Vaticano II y la sabia reflexión de nuestros Capítulos Generales, ha ido reali-

zando el cambio adecuado. Pero en 1951 pocos eran capaces de «ver» y de «reformar».

Obediente desde el fondo de su alma y poniendo todo el entusiasmo en el nuevo mandato, estudió, visitó la mayor parte de nuestras Casas y se dio cuenta de la situación. En una carta suya del 4 de abril de 1952, dirigida al Rector Mayor, Don Renato Ziggotti, y en otra de la misma fecha a Don Fedrigotti. Encargado de los Cooperadores a nivel mundial, expone la situación que ha encontrado y sugiere remedios en el terreno de las ideas y de organización.

Dice que, encargado por Don Ricaldone, ha comenzado por hacer una campaña «ideológica»; que los Cooperadores no están organizados; y que «su número se reduce a quince mil solamente» (!); que la principal causa de la escasez numérica hay que buscarla en la idea equivocada sobre el Cooperador; que se piensa que el Cooperador es quien da una ayuda económica mensualmente; que la idea que más ha repetido en sus visitas por las Casas ha sido la de que *«hemos empequeñecido a Don Bosco»*: a él, «el más grande taumaturgo de la Iglesia desde los tiempos apostólicos hasta ahora... cuyos milagros son como la firma de Dios sobre su misión, nosotros lo hemos reducido a la parte de fundador de una de los centenares de Congregaciones docentes... Hemos circunscrito el trabajo salesiano a las cuatro paredes de nuestras escuelas... Estamos convirtiéndonos, si no exactamente en salesianos de cláusura, herméticos a las grandes corrientes salvadoras de la Iglesia. Conozco ciudades donde un Cooperador, espontáneamente y sin ninguna ayuda por parte de los Salesianos, sostiene siete Oratorios festivos, y nosotros ninguno... Don Bosco nos quería un poco más eficaces en el trabajo por la salvación del mundo: pero estamos demasiado ocupados en las cinco declinaciones para sentir la urgencia de las necesidades... Y el católico pensante se pregunta si la vocación de Don Bosco no la habremos empequeñecido nosotros, sus hijos. Y si muchos salesianos jóvenes desean ir a Misiones es porque presienten que su vida religiosa aquí será carente del elemento que más los fascinó cuando siguieron a Don Bosco: el apostolado». Lanza la idea de que los Cooperadores deberían ser aquellos Salesianos externos de que habló Don Bosco, que habrían de trabajar en la misma misión de los Salesianos; entonces, «el bien se multiplicaría enormemente y se comprendería la grandeza de la misión de Don Bosco».

Pasa a continuación a tratar de una posible organización. Dice que no se cuida a los Cooperadores; que lo único que se suele hacer es enviar a sus casas a un hermano anciano para recoger el óbolo mensual... Y llega a estas conclusiones: «Si se quiere, pues, poner en pie la gran Orden Tercera de Don Bosco (harán falta cien años, decía Don Ricaldone), si se quiere multiplicar el bien y redimirnos de este gran pecado colectivo de omisión que estamos perpetrando con descuidar la 'Congregación externa', que podría hacer, fuera de las paredes de nuestras escuelas, un bien muy superior al que hacemos actualmente; si se quiere no dejar perder el 60 por ciento de nuestro trabajo como ahora sucede por haber cortado nuestra comunicación con nuestros antiguos alumnos..., no obstante mandar a un pobre ex-misionero para distribuir opúsculos y dar conferencias de propaganda; no basta mandar circulares recomendando la obra de

los Cooperadores y de los Ex-alumnos; no basta recomendar a estos pobres Directores y Salesianos, tan cargados de ocupaciones, que hagan lo que puedan... Se necesita tomar medidas, no digamos 'radicales', sino creativas». Ofrece como medida más eficaz la de establecer en cada Inspectoría varias Casas para acoger a estos miembros de la Familia Salesiana, donde puedan leer, rezar, reflexionar, escuchar doctrina que los forme y los prepare para el apostolado, hacer retiros y Ejercicios Espirituales... «En estas Casas para Salesianos externos se podría concentrar y dirigir la legión de apóstoles laicos que la Iglesia necesita. Me llena de alegría ver por todas partes, viajando por España, miles de jóvenes que pasan el domingo en los suburbios enseñando el catecismo; pero me entristece ver que en esta gran cruzada nosotros somos, con poquísimas excepciones, los grandes ausentes. ¡COMO HEMOS EMPEQUEÑECIDO AL MAS GRANDE TAUMATURGO DE LA IGLESIA, DON BOSCO!».

Cartas como ésta revelan la vocación apostólica de Don Carreño, su clara percepción de un problema de Congregación y de Iglesia, su valiente enfoque de soluciones necesarias, su confianza y sincera responsabilidad ante los Superiores y su plena disponibilidad para cuanto se le indique.

### ***Goa: junto al cuerpo de San Francisco Javier (1952-1962)***

«Goa era... amor a primera vista», escribe Don Carreño en «Urdimbre en el telar»; porque era el único rincón del Asia continental donde el catolicismo superó el 50 por ciento de la población, con un sacerdote por cada seiscientos cristianos; con la cruz dominando campos, lomas y hogares; con familias henchidas de ideales cristianos... «Goa tenía la más alentadora fuente de energía que un misionero puede esperar, después de la Eucaristía que nos sostiene y de nuestra Madre celeste que nos mima: y era el Cuerpo incorrupto de San Francisco Javier... llamado por Pío XII 'el mayor tesoro de Asia', guardado en una urna de plata en la Basílica del Bom Jesus».

Allá le mandó la divina Providencia de modo inesperado. Porque, al final de la guerra mundial, liberados los misioneros después de tres años de internamiento, se les permitió a la mayor parte volver a sus campos de apostolado, mientras que a otros, «los más peligrosos», se les obligó a repatriar.

Don Carreño voló a Nueva Delhi para hablar con el Ministro; pero el Gobierno de Su Majestad Británica no quería dar razones. «Muy bien, señores –les dijo Don Carreño–. Estos hombres se han venido a la India a servir a Jesucristo. Ustedes no los quieren en la India británica; pues bien, se irán a la India portuguesa». Y así fue. Siete de aquellos misioneros marcharon a Goa y comenzaron a trabajar con los niños goeses. Allí permaneció Don Carreño diez años. El trabajo de entonces lo resume él así: «Las dos escuelas técnicas que levantamos, las otras Media y Elementales que fundamos; las dos iglesias públicas que regentábamos, especialmente la que construimos en Penjim a la Virgen Peregrina; los más de seiscientos muchachos pobres que manteníamos con la generosa ayuda del Excmo. Sr. Patriarca y del gobierno portugués; las publicaciones que salían de nuestra imprenta, la «Hora» católica, que por siete años diseminábamos en la estación de radio gubernativa, no eran, con todo, la verdadera pupila de

nuestros ojos. La porción predilecta de nuestra labor fueron las vocaciones... Goa era una mina de vocaciones».

La historia dice que, poco después, el Gobierno indio motivó la ruptura con el gobierno portugués. Y Don Carreño fue llamado por el Pandit Nehru como intermediario para lograr la liberación de los prisioneros indios en Goa. Al final del diálogo, dijo Don Carreño: «Señor Ministro, yo no soy un diplomático. –No, Padre –respondió Nehru–; usted es un hombre sincero».

Cuatro meses después, Goa concedía la amnistía, por intervención de la Iglesia. Pero la otra parte, la de la India de Nehru, no dio nada a cambio. Y Goa sufrió injustamente. Luego, las tropas indias ocuparon Goa. También los Salesianos portugueses testimonian su gratitud y admiración por Don Carreño. «El arranque del Oratorio de Panjim, con Liceo, Escuela Profesional, Centro Juvenil, aparte de otros Oratorios; el comienzo del Aspirantado anejo al internado para los muchachos más abandonados; el incremento de la devoción a María Auxiliadora y a Don Bosco, la colaboración con el clero local y el prestigio salesiano alcanzado, son pruebas evidentes del valor del inolvidable Padre Carreño. Para los hermanos jóvenes era un padre que abraza siempre a los hijos en sus dificultades. Y los alumnos, cuando él terminó su mandato en 1960 como Director de Panjim, y estaba para volver a Europa, exclamaban inconsolables: 'Si supiésemos que no había de volver, no le dejaríamos marchar. Iríamos todos al aeropuerto'...»

Prueba de su entrega y de sus aciertos fue la Encomienda que le concedió el Gobierno portugués en 1960.

### ***Adiós a la India***

Casi treinta años pasó Don Carreño en la India, entre Madrás y Goa. Mirando su labor, en el conjunto de lo que hizo y lo que él era, queda claro que, con su presencia y acción, creció el clima de salesianidad en las comunidades y de entrega a los pobres; se multiplicaron las Obras de todo género en favor de la juventud necesitada; se amplió la difusión del Evangelio también por medio de la imprenta; se comenzó en serio el cultivo de las vocaciones indígenas y se les fue dando una formación adecuada.

Los Salesianos de aquellas tierras le adoran; encontraron en él la copia más completa de Don Bosco, como hombre de Dios, padre amoroso de todos, misionero auténtico creador de iniciativas para la salvación de las almas: ojos y labios sonrientes, corazón grande, inteligencia fuera de lo normal, dotes variadísimas, indio entre los indios, mirada puesta en el futuro.

Los niños debieron de sentir mucho la marcha definitiva del gran amigo. El tiene una página deliciosa sobre ellos. «Los chiquillos son nuestra quinta columna a cualquier sitio que vayamos. Podéis contar siempre con su lealtad, somos una especie de organización internacional: nuestra bandera es el cielo azul, nuestro emblema un balón de fútbol, nuestro himno nacional, silbar; nuestro plato nacional, ¡bah!, eso lo sabe todo el mundo: los caramelos; no nos preocupa nada la diabetes. Podéis ir al villorrio más apartado y al más impenetrable

a cualquier influencia extranjera, allí donde jamás un misionero ha puesto su planta. Los chicos están con nosotros, son nuestros, siempre prontos a ayudar, a hacernos de *cicerone* y a echarse un viajecito gratis en nuestro *jeep*. El problema es cómo poder informar a todos esos millones de muchachos de que su más grande amigo es Jesucristo. Si nosotros pudiésemos decírselo, ellos todos se pondrían inmediatamente de su lado, porque su poca experiencia les ha enseñado que no hay nadie alrededor que esté dispuesto a dejarse azotar, y mucho menos a dejarse matar (no hablemos de crucifixión) por causa suya».

También él, que tanto los quiso, sintió nostalgia. Pero se consolaba de esta manera: «Barrunto que no me quedan ya muchas yardas por tejer. Ni me duele; porque sé que quedan, detrás de mí, los incontables apóstoles morenitos que hemos curtido para la pelea, prontos a ocupar el sitio vacío y continuar la epopeya de Dios».

### ***Ultima etapa misionera: las Filipinas (1962-1967)***

Se ha podido ver que una característica de Don Carreño fue su total disponibilidad para cualquier obediencia, a la vez que su entusiasmo por el lugar donde le tocó vivir: en la India, las mejores misiones para él eran la India; en Goa, nada en el mundo podía superar a Goa... Siempre feliz donde estuviera; siempre contagiando optimismo y alegría en todas partes. Hemos visto a Don Carreño ir a la India como misionero, volver a los casi veinte años a España para encargarse de los Cooperadores, regresar al año siguiente a Goa y, «cuando creía yo haber agotado todo el hilo de mi telar indio y, después de treinta años en la brecha misionera, soñaba en retirarme a menos ardua empresa en la vieja Patria, la obediencia acaba de mandarme con mis bártulos a proseguir la tarea en la ‘última Thu le’ del Asia, el incomparable Archipiélago filipino»; «el Alto Mando me ha ordenado ‘empezar de nuevo’ en las Filipinas».

De camino al Archipiélago (español hasta 1898) vuelve a pasar por las Casas salesianas de la India; viaje que describe en su bellísimo libro «Singladuras indias», a través del cual se puede obtener una idea del desarrollo de la Obra salesiana en aquel gran país, desde 1933 a 1962.

Los Salesianos habían llegado a Filipinas por otra intervención de la divina Providencia. Mao-Tse-Tung los había expulsado de sus misiones en la China y se fijaron, parte de ellos, en el Archipiélago ya evangelizado, dependiendo de la Inspectoría de Hong Kong. Las primeras Casas salesianas en Filipinas se abrieron en 1951 (Tarlac y Victorias); eran presencias poco significativas. En 1956 se tiene ya noviciado propio, en Montinglupa, con ocho novicios; al año siguiente, los novicios son diez y, junto a ellos, se forman los filósofos, que son seis. En 1958, Filipinas se transforma en Visitaduría, paso previo a constituirse en Inspectoría, lo cual sucederá en 1963. Pero los filósofos, desde 1958, son mandados a cursar los estudios en Cheung Chau, isla pequeña cercana a Hong Kong y perteneciente a la Inspectoría china.

En esta situación se encuentra la Visitaduría filipina cuando llega Don Carreño, como Maestro de novicios, en 1962. El noviciado se ha trasladado a la nueva Casa de San Fernando, que es también aspirantado. Al año siguiente, con-

vertido el Archipiélago en Inspectoría, pasa el noviciado a Canlubang, con Don Carreño como Director y Maestro. Los novicios son siete. San Fernando sigue como aspirantado y los filósofos estudian en Cheung Chau (son once). Evidentemente, se estaban dando los primeros pasos en la historia de una Inspectoría que habría de multiplicarse en número de hermanos y convertirse, a su vez, en misionera.

Don Carreño, formador inigualable de juventudes salesianas, asimila en seguida la mentalidad de los filipinos y comprende mejor que nadie sus problemas y sus valores; con su criterio permanente de entusiasmarse por todo lo bueno que encuentra en un país, vibra ante las riquezas espirituales llevadas allá por los misioneros españoles, lucha por encontrar medios para la creación y el funcionamiento de las Obras, defiende los verdaderos intereses de aquella Inspectoría recién nacida.

En una carta suya publicada en el volumen «Urdimbre en el telar», intenta convencer de la urgencia de acudir a fortalecer la fe de la nación filipina: «Aquellas Filipinas que eran casi 100 % católicas cuando se marchó España, hoy no son más que en un 80 %. Y si seguimos así, habrá que resignarse a ver una nación sólo 50 % católica dentro de veinte años. Del millón de bebés que Dios nos manda cada año, unos doscientos mil no se bautizan... ¡porque no hay sacerdotes! Es decir, hay unos cuantos: la *mitad* de los que tiene solamente la India, a pesar de que Filipinas tiene *dos veces y media* el número de católicos que hay *en toda el Asia...* Yo estuve 30 años en la India; pero hoy doy gracias a Dios por haberme mandado a quemar los últimos cartuchos en Filipinas» (1965).

Al mismo tiempo sabe organizarse para encontrar los medios necesarios para el cultivo de las vocaciones filipinas; funda en España «VOFISA» (Vocaciones Filipinas Salesianas), con cuenta corriente en varios Bancos. De este modo logró aumentar la capacidad de sus seminarios y elevar la calidad de la formación hasta con títulos universitarios.

Don Carreño no estaba satisfecho del envío de los Salesianos jóvenes a la isla de Cheung Chau. Una serie de cartas a los Superiores de Turín contienen la presentación de la situación, las quejas de Don Carreño y la propuesta de soluciones. Resultaba que un gran número de aquellos filipinos volvían tuberculosos (el clima no les iba bien), sin ningún título oficial (mientras que sus hermanos y amigos obtenían títulos, rebajando así, ante las gentes, el valor de unos religiosos dedicados a la educación de la juventud), y al mismo tiempo, mientras se encontraban en China para los estudios filosóficos, no podían realizar experiencias apostólicas por ignorar la difícil lengua china.

Pero él supo encontrar una óptima solución. En la Casa de Canlubang construye una gran escuela y obtiene el reconocimiento oficial para que los estudiantes de filosofía puedan sacar las titulaciones necesarias. Con su gragejo de siempre lo describe así: «Enfrente del monte Maquiling y a 22 km. de aquel volcán Taal..., entre cañaverales de caña dulce, surge nuestro primer Seminario filipino en Canlubang. ¡No será el último, vive Dios!... aunque... para mí, tal vez sí. Lo inauguramos en 1963. Es decir, ha sido logrado en dos años y medio de fatigas... ¡y eso sin recursos oficiales ni ayuda de entidad alguna! Ello nos hace

ver que hay Alguien que tiene más prisa que nosotros de preparar sacerdotes para esta dulce tierra cristiana traicionada. ¿Quién es Ella? La mismita que un día se inclinó al oído del Buen Maestro para susurrarle: ¡No tienen vino!, y la que hoy le debe estar repitiendo cada día: ¡No tienen sacerdotes!... Mira esos millones de niños inocentes, esas dulces madrecitas buenas, esos hogares humildes, esos sencillos campesinos que hace tres generaciones eran todos cristianos, gracias a los misioneros españoles... Hoy, en cambio, ni siquiera pueden recibirte en la Santísima Eucaristía porque ¡no hay sacerdotes! Anda, Hijo mío: ayúdale a tus ministros a multiplicar las vocaciones».

Poco después, el gran formador dejaba para siempre el Oriente. Pero la Inspectoría de Filipinas quedó marcada por la huella imborrable de aquel hombre que supo inculcarse rápidamente y hacer la transmisión del espíritu de Don Bosco a las nuevas generaciones de salesianos filipinos. Basten dos testimonios llegados de allí.

«Con los hermanos era un verdadero padre. Daba gran confianza a todos, aunque fueran jóvenes, y tenía un gran corazón. Todos se sentían amados y como predilectos de él. Sabía pasar por encima de tantas cosas y pequeñeces: era un hombre de gran corazón: A los jóvenes salesianos les daba una formación sólida en un clima de alegría, entusiasmo y optimismo».

«El era el primero en dar ejemplo en el trabajo apostólico. Los clérigos y también los novicios iban a dar clases de catecismo a los barrios, y Don Carreño, aunque no sabía bien la lengua, se hacía acompañar de algún novicio o clérigo en sus misas dominicales. Lo importante era que él sabía crear un entusiasmo y celo apostólico. Había multiplicado las guitarras y acordeones para atraer la gente a la Misa y catecismo. El tocaba muy bien el acordeón y el órgano. Quería que la liturgia fuera bien celebrada. El mismo, como buen músico, acompañaba al órgano las Vísperas y los cantos de la Misa».

Allí también, como en la India y en Goa, «dejó huellas de humanidad, entusiasmo, optimismo y salesianidad».

### ***Hacia el sol poniente***

Cumplida su misión en las Filipinas, la obediencia le devuelve al mundo de Occidente. En él se moverá guiado siempre por el mismo espíritu que le llevó a tierras de misiones: *trabajar por el Reino*, de modo particular por medio de sus libros, todos ellos referidos a Dios, a Jesucristo, a la Santa Sábana y a la formación cristiana del pueblo.

El es siempre el mismo: el hombre bueno, sereno, alegre y comprensivo; el sacerdote enamorado de Cristo, de su Evangelio y de la Eucaristía; el salesiano que nunca se cansa de admirar a Don Bosco; el apóstol que siembra sin cesar la Palabra; el obrero que nunca descansa; el creador genial que sueña y realiza; el hijo pequeño que se siente seguro en las manos de la Madre de Jesús y suya...

La primera escala la vive en Madrid, en la Central Catequística Salesiana. Se detiene varios meses, escribiendo libros y colaborando con todos. Muchos salesianos recuerdan los Ejercicios Espirituales que él predicó, en varios sitios, como los mejores de su vida. Se palpaba en sus palabras una sincera y profunda amistad con el Señor, una fuerte devoción al SdO. Corazón de Jesús, una vivencia del espíritu salesiano hasta las últimas consecuencias.

Los jóvenes de las Casas salesianas y de las colonias de verano se sentían atraídos por aquella figura alegre, bondadosa, entusiasta, que se parecía a Nuestro Señor.

Son de entonces los dos tomitos de «Perlas», «Urdimbre en el telar» (edición castellana) y «Salmos al viento» (todo el salterio bellísimamente versificado y, luego, armonizado con músicas polifónicas clásicas y llevado a discos con orquesta y coro). La Comunidad gozó con su presencia, siempre amena, edificante, salesianísima; y sintió pena al tener que verle partir para los Estados Unidos. En la despedida se le leyeron unos versos que terminaban así:

«Por eso, quienes hemos recibido – el regalo de Dios de conocerte y convivir contigo, hemos llegado – de veras a quererte».

Sigue su ruta hacia América, donde da su aportación a la Procura Misionera de New Rochelle. ¡Cuánto bien siguen haciendo sus opúsculos, artísticamente presentados, con poesías henchidas de pensamientos humanizadores y abiertamente cristianos!

Vuelve a España y pasa varios años entre su mejor amigo, Mons. Marcelino Olaechea, Arzobispo de Valencia, que le quiere como a un hijo; sus hermanas y su cuñado, el escultor Jorge Oteiza; y la Procura Misionera de Madrid.

Pero en su mente bullía una idea: el «*Hogar del Misionero*». La experiencia que tenía de las vidas de algunos misioneros, cuando por los años o la enfermedad se sienten apartados del trabajo y no encuentran lugar ni modo de ser debidamente atendidos, le había llevado a pensar en una Casa apacible donde, los que lo desearan, pudieran sentirse a gusto. Junto a Pamplona, la Providencia le deparó la casa de sus sueños, en Alzuza: una casita preciosa, con la iglesia al lado y con posibilidades de ampliación. Así nació el «*Hogar del Misionero*». Mientras lo arreglaba y lo acomodaba, residía en la Casa de Pamplona como miembro de la comunidad; así podía vigilar los trabajos. Desde 1974, prefirió vivir ya en el «*Hogar*», donde fue acogiendo a varios misioneros; pocos en verdad y, la mayor parte de los años, ninguno. Esto le hacía sufrir; le tranquilizaba, sin embargo, el hecho de haber asegurado la posibilidad de ofrecer una acogida a cuantos misioneros quisiesen aceptarla. Más tarde, edificó un pabellón para retiros y convivencias de jóvenes.

Desde entonces, su vida se centra en Alzuza. Hay una constante relación recíproca entre Alzuza y la Casa de Pamplona: Don Carreño pasa temporadas en Pamplona y los hermanos de Pamplona suben a Alzuza constantemente para ayudar y hacer compañía a Don Carreño. Tuvo la alegría de recibir en el «*Hogar*» la visita del Rector Mayor, Don Luis Ricceri; y gozó también mucho con la del nuevo Rector Mayor, don Egidio Viganó, en la primavera de 1985, cuando se

encontraba delicado de salud en la Casa de Pamplona. Se mostraba siempre afectuoso con los Superiores.

Alzuza es lugar apacible y silencioso, propio para el recogimiento y la oración, el estudio y el trabajo de la pluma. Un matrimonio vecino y muy amigo, Javier y Maripaz, le han atendido con verdadero afecto y admirable generosidad. Ellos son testigos cualificados para hablar del viejo soldado de Cristo.

La puerta de la casa estaba siempre abierta; quien llegaba allí tenía derecho a entrar, comer y dormir; a dialogar con él, sobre todo de cuestiones religiosas.

Su cama no conoció las sábanas: él quiso vivir hasta su muerte arropado en una manta, para conservar la vida de pobreza propia de un misionero. Hubiera querido montar un taller de imprenta, para difundir más fácilmente los buenos libros, cosa que, a imitación de Don Bosco, constituyó una de las mayores ilusiones de su vida.

Se entregó a la lectura de muchos libros, que le llegaban de todas partes, sobre todo de Estados Unidos y de Inglaterra. Quería estar al corriente de los cambios culturales y de los progresos de las ciencias modernas (se especializó en física nuclear), con el fin de poder decir su palabra evangelizadora en el mundo actual.

Y se dedicó a escribir. Disponía de cualidades extraordinarias: claridad de ideas, dominio de idiomas, imaginación de poeta, capacidad de profundización, facilidad de divulgación, gracia en el decir. Quien lee sus obras se siente a gusto, cercano al autor; encuentra incontables alusiones bíblicas, traídas espontáneamente, que hacen ver el conocimiento que Don Carreño poseía de la Palabra de Dios; se sorprende de la cantidad de autores, antiguos y modernos, que aparecen citados; experimenta como si una mano misteriosa y bondadosa le elevara hacia alturas limpias y hacia el cálido contacto con Dios.

Parece oportuno recordar los títulos principales de sus obras: «Dios, nuestro buen Padre», «Vida de Cristo de Fouard», «Dios en un espejo», «El retrato de Cristo», «Salmos en la tarde», «Salmos al viento», «Chispas del Trópico», «Cosas de la India», «Prisma blanco», «Prisma rojo», «Prisma rosa», «Cien cromos», «Urdimbre en el telar», «Singladuras indias», «Perlas antiguas», «Perlas modernas», «El libro rojo de Dios», «Pistas» (extracto del Libro rojo de Dios), «El último reportero», «Tras las huellas de la Resurrección», «Al cerrarse la urna», «Microguía de la Sábana Santa», «La señal», «Pistas en el valle» (extracto de La señal), «El Pan que Cristo nos dio», «Meditaciones marianas» (en inglés). Estos libros han ido produciendo transformaciones en los lectores. Don Carreño recibió numerosas cartas de personas católicas y no católicas agradeciéndole sus escritos y confesando su renovación en la fe o su auténtica conversión por la claridad y la fuerza convincente de sus libros. En una carta decía él a quien esto escribe: «¡Si viera qué cartas de verdaderas conversiones me llegan de los que leen algo sobre la Sábana Santa!...»

La Sábana Santa ha sido objeto de preferencia en los estudios y los escritos de Don Carreño. El leyó cuanto iba saliendo en todo el mundo; participó en Congresos Sindonológicos, despertando admiración y recogiendo éxitos. La

Sábana Santa era para él «el último reportero» de Cristo, el testigo veraz e insuperable para la comprobación de la resurrección del Hombre-Dios. El conoce la formación del tejido, el itinerario que ha seguido desde Palestina hasta Turín, el culto que ha recibido en el mundo medio oriental y en Europa durante los siglos pasados, los análisis fotográficos y los estudios realizados por técnicos de la NASA, las conclusiones de médicos y científicos... Y todo ello pasa a ser literatura de divulgación científica, válida para el hombre de estudios y para el hombre de la calle. «Don Carreño ha sido el mejor divulgador científico de la Sábana Santa en España. Sus cinco libros sobre este tema, cada uno de ellos mejor que el anterior, son formidables» (un Padre Jesuita el día del funeral de Don Carreño).

### ***Hacia el final de sus días***

La larga vida de este gran salesiano ha sido un continuo darlo todo por el Reino de Dios: de muchacho, de joven religioso, de misionero, de escritor... El mismo dejó indicado lo que había de ponerse en el recordatorio de su muerte: «*José Luis Carreño Etxeandía, OBRERO DE DIOS*». La vida para él no tuvo otro significado:

«Pues que la vida es tan corta – y es infinito ese mar,  
vivir por vivir no importa: – lo que importa es navegar».

Su hábito de trabajar y hacer en seguida aquello que consideraba necesario o conveniente le llevaba a manifestarse impaciente con las personas que le cuidaban o atendían. «Hazlo ahora», solía decir.

Fue consciente, desde hacía mucho tiempo, de su proximidad a la muerte; nunca la temió; la consideraba como «el encuentro con el Maestro», con el Dios Padre de las misericordias. Profesaba una gran devoción a San José (en Alzuza tuvo siempre la estatua del Santo con una luz encendida) y le pedía le diese pronto una buena muerte.

Sin duda, la Eucaristía constituyó el acto central de cada día de su vida, también en los últimos años. Nunca dejó de celebrar la Misa; y si no podía de otro modo, esperaba a que subiera algún sacerdote de la Casa de Pamplona para concelebrar con él. Cuando, por su mal estado, no estuvo en condiciones de concelebrar y recibía la Comunión, solía decir: «No es lo mismo». Disponía de una maletita con todo lo necesario para la celebración de la Eucaristía: cáliz, cajita para las hostias, botellita del vino, misal... Si iba a la clínica, se la llevaba. En la Clínica Universitaria le pusieron dificultades para celebrar en la habitación. El, sin dar explicaciones a nadie, se marchó de allí.

Los sábados prefería el texto de la Misa de Santa María. Su relación con la Sma. Virgen era filial, de inmensa confianza; se sentía hermanito de Jesús e hijo de la misma Madre. Todos los días rezaba el rosario con algún salesiano o con Maripaz. Ya había escrito:

«Cuando se cierren mis ojos – a los ásperos abrojos  
de los caminos humanos, – cuando en aquel trance fuerte  
quiera en vuelos soberanos – el alma, oh Madre, ir a verte,  
¡que me sorprenda la muerte – con tu Rosario en las manos!...»

Cuando se tenía que trasladar a la clínica, llevaba consigo el cuadrito de María Auxiliadora que presidía su habitación.

Rezaba el breviario con sosiego y como una necesidad de interceder por toda la Iglesia; jamás lo dejó, mientras sus ojos se lo permitieron. Lo prefería en latín.

Para Don Bosco nutría verdadera admiración. En uno de los folletos que preparó para dar a conocer la idea de los Cooperadores, dedicó dos páginas enteras a darle títulos, en forma litánica, ensalzándole con entusiasmo: «El santo moderno, el hombre más amado del siglo XIX, el padre de los pobres, el evangelista de las masas obreras, el amigo de los niños, el santo sonriente, el divinizador de la Pedagogía, el gran taumaturgo, el legionario del Papa, el apóstol del apostolado seglar...».

Si algo le dolía, y lo declaraba valientemente, era la desfiguración y el empequeñecimiento que los Salesianos hubieran podido hacer del gran Don Bosco.

Hablando con los Salesianos de Pamplona, a quienes hay que agradecer su cariño y sus sacrificios constantes cuidando a Don Carreño, les decía cosas que hubiera querido decir a todos los Salesianos antes de morir; por ejemplo: «La Congregación está olvidando la obra de Don Bosco: el Oratorio. El sitio donde encuentran cercanía los que no tienen nada. Si es así, estamos perdiendo nuestra identidad más profunda.

Los Salesianos fueron mis padres. Las Casas salesianas fueron mi casa. Allí estaba *mi familia* y la sentía. No tenía otra. Hoy los Salesianos trabajan mucho. Pero... ¿los quieren los chicos? Hoy los grandes colegios son grandes... pero no son una familia; son fríos, técnicos, organizados. Los chicos no están en su casa.

Los Salesianos han olvidado la *bueno prensa*, la prensa para el pueblo sencillo. ¡Qué pena!

Nosotros recibimos estos avisos como los últimos latidos de la genial figura de Don José Luis Carreño.

## **Algunos testimonios sobre Don Carreño**

*Mons. Marcelino Olaechea:* «Es de mediana estatura, cenceño y de color pálido. Tiene ojos negros y vivos. Ríe con todas las ganas. Avasalla con su simpatía y buen humor. Creo que jamás ha tenido en la vida un enfado y un desamor. Abarca el mundo entero en las alas de su aguda inteligencia y con el fuego de un corazón de ángel».

*Rector Mayor Don Egidio Viganó:* En su telegrama de pésame da las razones de su gran estimación por el finado: «Unidos oración sufragio os acompañamos dolor fallecimiento Don José Luis Carreño seguros premio junto a Dios inmenso bien evangelizador India y promotor vocaciones salesianas entrega generosa esas tierras».

*Don Thomas Panakhezam, Consejero Regional para el Asia:* «Tenía gran amor a los pobres; cuando volvía de un viaje en la motocicleta a la Casa inspectorial resultaba interesante ver cómo corrían los muchachos a encontrarle. Siempre llevaba algo en los bolsillos para obsequiarles, caramelos, estampas, medallas. En mi vida salesiana no he oído a nadie hablar contra él. Su único defecto era que “tenía demasiado corazón”. El guiaba la Inspectoría con el Sagrado Corazón de Jesús. En la mesa de su despacho tenía escrito: Cor Jesu Sacratissimum, tuere Provinciam tuam».

*Don Arquímedes Pianazzi, que fue Inspector de Madrás después de él y miembro del Consejo Superior:* «Ha sido uno de los Salesianos más admirables y dignos de ser conocidos que yo haya encontrado... Nunca se le ha visto hablar mal de nadie; ni siquiera de quien sabía que le había hecho sufrir... Don Carreño ya está en el Paraíso ciertamente, porque (¡bienaventurado él!) yo no he encontrado ni conocido nunca un alma más bella, más rica que la suya... De Don Carreño es preciso hablar mucho a la Congregación».

*Don Luis Di Fiore, Ex-Inspector de Madrás:* «Los doce años que pasé junto a él dejaron un recuerdo imperecedero en mi corazón. Para mí, Don Carreño es el hombre que mejor que ningún otro ha encarnado la ‘benignitas et humanitas’ de nuestro Salvador. Por consiguiente siempre he nutrido para con él una gran estima y una filial adhesión que ni el pasar de los años ni las diversas vicisitudes de la vida nunca han podido borrar ni disminuir. Para mí, sigue siendo el mejor ejemplo del Superior Salesiano según el corazón y la mente de Don Bosco... Me atrevo a aplicar al querido Don Carreño de manera muy positiva las palabras de Don Rinaldi: ‘Muchas vocaciones se salvaron porque él era Superior’. Su bondad, su caridad, su optimismo, la confianza que depositaba en las personas, han sido factores positivos en el crecimiento y en la perseverancia de muchos Salesianos que se glorían de ser sus hijos».

*Don Basilio Bustillo:* «Carreño era una alma de Dios. Un misionero cabal e inquieto. La simpatía infantil centuplicada. La bondad le rebosaba por doquier. El saber no cabía en su sapiente hablar y su elegante e incesante escribir... ¿El

latín de antaño? Sabía latín, sabía griego. Hablaba en castellano, en inglés, en portugués, en italiano, en alemán, en euskera... Ningún saber le era ajeno. Era una biblioteca ambulante de todos los campos del saber. Tenía el corazón parado en Dios. Y, hecho un Quijote, iba con El».

*Don Jaime Oreglia, Secretario suyo en Madrás:* «El Padre Carreño fue una personalidad particular: como en el caso del Divino Maestro, más que anécdotas lo que uno apreció fue el 'convivir'. A uno Don José Luis se le entraba por ósmosis».

Al terminar de redactar esta carta mortuoria, por encargo del Rector Mayor, expreso mi admiración ilimitada por el Padre Carreño, pido disculpas por las omisiones y desaciertos en que haya podido incurrir al estudiar su figura y deseo que surja pronto quien sea capaz de escribir una buena biografía de este excepcional salesiano, regalo de Dios y de María Auxiliadora a nuestra Congregación, a España, a la India, a Filipinas y a los millones de almas que seguirán recibiendo su influjo de alguna manera.

Seguiremos todos rezando por él, al mismo tiempo que nos encomendamos a su intercesión. El nos ve en el Padre y nos quiere todavía más que cuando se encontraba en esta tierra. El «Obrero de Dios» seguirá trabajando por el Reino.



José A. Rico  
Consejero Regional Ibérico

Pamplona, 24 de agosto de 1986.

#### **DATOS PARA EL NECROLOGICO:**

##### **Sac. José Luis Carreño Etxeandía:**

Nacimiento en Bilbao, el 23 de octubre de 1905. Primera Profesión en Carabanchel Alto, el 25 de julio de 1922. Profesión perpetua, en Sarriá, el 11 de diciembre de 1928. Ordenación sacerdotal, en Gerona, el 21 de mayo de 1932. Muerte, en Pamplona, el 29 de mayo de 1986. Fue Inspector de Madrás (India) durante 9 años.